

*El bautismo de Juan, ¿es del cielo o de los hombres?* No osaban responder; porque si decían que era invención de los hombres, era tanta la estima en que el pueblo tenía a Juan, que matarían a pedradas a los fariseos si dijeran que su bautismo era humana invención y no ordenación del Señor; y si respondían que aquel bautismo era cosa del cielo, temían no les replicase el Señor y dijese: «¿Pues por qué no lo creísteis y os bautizasteis?» Y así acordaron de callar, porque no tenían qué responder.

Decidme, hermanos: ¿Es verdad que este pan vino del cielo? No osaréis decir que no, porque os quemaran por herejes; mas ¡desdichado de aquel que tiene puesta su fe en el temor del castigo, y que si no hubiese castigo, él no creería a la fe!; porque poco le aprovechará que escape del fuego de acá, pues arderá en el infierno para siempre jamás.

—No, Padre, no hay hombre que tal diga. Católicos somos por la misericordia de Dios, y este santo Misterio creemos como nos lo enseña la Iglesia romana.

Pues ¿así que aquél es *el pan que vino del cielo*? Si es el pan que comen los ángeles, y son bienaventurados en comerlo, viviendo vida en su modo semejable a la de Dios, y mientras Dios fuere Dios: si este pan es Dios verdadero y Hombre verdadero, y por la inefable e indecible misericordia de Dios, quiso descender del cielo a la tierra, para que, siendo Él nuestro manjar, nos librase de la muerte del pecado, y con su gran poder nos traspusiese de la tierra en el cielo, para que allá le comamos en compañía de los ángeles, y vivamos y seamos bienaventurados en compañía de ellos y del mismo Dios; si tan gran cosa es ésta, ¿por qué no gozáis de ella? Si creéis que el convite es tan excelente, ¿por qué huís de él?

Si [en] el convite del rey Asuero que hizo a todos los principales de su reino, y después a chicos y grandes, gozaron de ver su grandeza, y fueron hartos con la excelencia y variedad de tantos manjares, ¿por qué no vais al convite que hizo Dios para enseñar la grandeza de su poderío, la alteza de su sabiduría, las entrañas de su inefable bondad? ¿Y no queréis ir a ver tantas excelencias y gozar del *pan que descendió del cielo*, habiéndoo dicho Dios nuestro Señor; pues que habiendo dicho los ángeles a los pastores que les diesen albricias y se gozasen, que les era nacido el Salvador, y que en tal parte y con tales señales lo

hallarían, dijeron con entera fe y devoción entrañable: *Pasemos hasta Belén, y veamos esta cosa que nos ha sido dicha; y fueron apriesa, y hallaron al niño envuelto en pañales y reclirado en el pesebre?* Y fueron tan hartos con aquel convite, que *se tornaron glorificando a Dios* (Lc., 2, 15-17) por tantas maravillas como habían visto; las cuales no las guardaban para sí solos, mas publicábanlas con su santa simplicidad a los otros, para que fuesen a ver lo que ellos habían visto, y viniesen con las espirituales riquezas con que ellos habían venido.

¡Oh hermanos míos, y qué bienes perdemos por no hacer como aquestos pastores. que *fueron apriesa* y vieron al Hijo de Dios, y lo trajeron espiritualmente en sus entrañas! Buena dicha fué la de aquellos pastores; mas mirad bien en ello, y veréis que la vuestra no es menor, y por ventura es mayor.

Excelentes predicadores fueron los ángeles, que les anunciaron que el Señor estaba en Belén. Mas si ángeles dijeron aquello, el Señor dice estotro. Y aquéllos dicen: «En Belén» *ha nacido* (Lc., 2, 10-15). Y el Señor dice: *Aquéste es mi Cuerpo* (Mt., 26, 26). «En Belén»—que quiere decir *casa de pan*—dicen los ángeles que ha nacido el Señor; y debajo de unos accidentes de pan—que es la *casa* donde *el pan* moraba—, allí dice el Señor que ha venido a morar, y está consagrado; y la substancia de pan dió la casa al Señor en que él moraba; aunque él [el pan] tomó otra mejor. que fué convertirse en el Cuerpo de Cristo.

Albricias, cristianos, albricias; *un gran gozo os anuncio* de parte de Dios; que en aquella *casa de pan* está el Hijo de Dios consagrado y *envuelto en pañales* de pobres accidentes, y puesto en aquel relicario como en pesebre, hecho manjar de los hombres, que como *limpios animales, hienden las uñas y saben rumiar* (Lev., 11, 3), discerniendo este manjar celestial de los corporales, preciándolo y honrándolo con debida veneración, y rumiándolo con devota memoria, y *admirándose*, como los otros pastores, de tan gran novedad, y *glorificando a Dios* por las maravillas que hace en este divino misterio, que a todo entendimiento, si no es al suyo, son incomprensibles.

Si esto creéis, ¿qué hacéis que no vais *muy apriesa* a gozar de este sagrado convite a que sois convidados? Estáos Dios llamando (Prov., 9, 5): *Venid, y comed*

*mi pan, y bebed mi vino*; ¿y hay cosa alguna que os detenga de no ir a Él?

El ciego *hijo de Timeo* que estaba *pidiendo limosna* en un camino por el cual pasaba el Señor, cuando le dijeron: *El Señor está allí y te manda llamar, saltó con grande alegría*, y por correr mucho *se le cayó la capa* (Mc., 10, 46), y no curó de ella, entendiendo que si él llegaba a aquel Señor que lo mandaba llamar, aunque llegase desnudo, tornaría vestido y enriquecido; y como lo confió le acaeció. ¡Y está aquel mismo Señor llamándote amorosamente desde aquella Hostia sagrada, y por ventura tienes más necesidad de llegarte a Él por lo que toca a tu ánima, que aquel ciego por lo que tocaba a su cuerpo, y estás tan embarazado con negocios que te cercan como vestidura; y es tanta tu pereza y tan poco tu cuidado de gozar de este bien, que *ni corres como el ciego, ni agujas como los pastores*; y así te quedas sin gozar de la bienaventurada vista espiritual y corporal con que él y ellos vieron a nuestro Señor!

Decidme, señores: si el rey viniese a esta tierra muy alegre y de fiesta, y ganoso de regocijaros, e hiciese un convite cual convenía a su persona real, y él se asentase a la cabecera de la mesa con rostro amoroso y alegre, convidándoos a comer con él, y agradeciendo a quien se asentase a la mesa, y no sólo agradeciéndolo, mas galardonándolo con copiosas mercedes, y siendo los manjares muy bien guisados, sabrosos, y tales, que quien los comiese no moriría, y viviría vida para siempre bienaventurada, ¿en qué posesión sería tenido el hombre que, siendo rogado del rey, y siendo los manjares de la calidad que os he dicho, no fuese al convite porque se le ofreció un no sé qué impedimento, o porque le dijeron que para ir al convite era menester primero lavarse la cara y las manos?

¡Oh cielos, oh tierra, oídme vosotros (Is., 1, 2) y ayudadme a sentir la ceguedad de mi pueblo!

¿Por qué, hermanos, por qué no vais a este sacrosanto convite, al cual os convida el Rey de los reyes, de tan alta majestad, que en su comparación todos los reyes y todos los ángeles son una pequeñita hormiga; y El está a la mesa con amorosísimas entrañas y cara, rogándoos que vayáis a Él, galardonando a quien va, enojándose con quien no va, y dándose a Sí mismo en manjar, precioso sobre todo precio, sa-

broso sobre todo sabor, manjar que libra de los pecados, y da vida que nunca se acaba?

¿Qué os detiene? ¿Qué os ciega que no entendáis este bien, y no vayáis a gozar de él? ¿Qué os piden para sentaros a esta mesa sagrada? ¡Que no llevéis la cara y las manos llenas de lodo! Es mucha razón que se pida, porque a la mesa de la limpieza, limpios se han de llegar. Mas no lo dejéis por eso, que el agua del dolor de vuestros pecados, con que habéis de lavar la faz de vuestra ánima, y las obras de fuera, el Señor os la dará; las ropas ricas y perfumadas que habéis vos de llevar a este convite, no las habéis vos de comprar, porque no tendréis dineros que basten a ello. Ayudaos vos a vestir la ropa que de balde os dan; y aun no os vestiréis a solas, que para eso os ayudarán. Meted la mano en la bacía del agua; que el agua os dan, y ayudadlos han a lavar, y aun a enjugar después de lavado.

¿Estáis sucio, estáis mal vestido o desnudo en vuestra ánima? Idos a un confesor y decidle: «Padre, muy bien me ha parecido el Santísimo Sacramento; mi ánima desea comer tan excelente manjar; ya estoy ahito de comer tierra y ponzoña, aunque bien mezclada debajo de pestilenciales deleites; tornarme quiero a mi Dios. Y pues su bondad me convida a su mesa, no quiero ser ingrato a su misericordia, ni hacerme a mí tanto mal, que pierda tantos bienes como allí están. Enseñadme lo que tengo de hacer, cómo tengo de pensar mis pecados, cómo tengo de confesar; mi conciencia pongo en vuestras manos para que me la aparejéis de manera que yo vaya a comer aquel santísimo Manjar de suerte que me aproveche.»

Ten, hermano, por cierto, si eso poquillo que puedes, haces, el Señor dará lumbre a tu confesor y a ti, y te dispondrá para que recibas bien el santísimo Sacramento de la Comunión, donde se te dé gracia que lave tu ánima, y la vista para que seas hecho digno de la mesa de Dios.

### 7.—*¡Ay de los grandes que no comulgan!*

¡Mas, oh Señor, que ni aun esto poquito quieren hacer los cristianos para ser convidados a vuestra santísima Mesa! ¡Oh Señor, que si algunos van, son *el hijo de Timeo, ciego y pobre* (Mc., 10), y son los sim-

ples pastores que están velando sobre la guarda de su ganado! (Lc., 2.) Mirad en ello, y veréis y lloraréis con mucha razón, que si hay gente que comulgue las fiestas, cada mes, o cada semana una vez, han de ser mujeres, y aun no de las más principales; o son hombres de los bajos del pueblo, y muy pocos veréis de la gente principal, que vengan al convite de este Señor. ¡Oh cosa tan al revés, que la gente a quien Dios ha honrado, le honre menos a Él; que la gente primera, sea postrera; y la cabeza, pies; lo alto, bajo! Y los que, si el rey viniese acá, e hiciese un convite, serían los primeros que fuesen a él, y estuviesen y anduviesen más juntos a él, y fuesen más privados suyos, éstos son los que más huyen de la mesa de Dios, en testimonio que son de la tierra más que del cielo, pues por el convite de la tierra se honran más que por el convite del cielo. Mirad (6) que desea Dios que los reyes vayan a esta mesa de Rey; que los grandes señores gocen del convite de aqueste grande Señor. Mirad que no hay cosa en esta mesa de que se os pegue deshonor o bajeza. Mirad que los ángeles se sientan a ella, y aun se tienen por indignos de ella; y lo que más es, el mismo Dios está en ella, y convida a ella, y es el manjar, y Él mismo come de él; porque, si bien se os ha dicho, su bienaventuranza consiste en conocerse y amarse.

¡Ay, ay, ay, de los grandes que no precian a este Grande, y que pudiendo con su buen ejemplo hacer que los menores tomasen esta buena costumbre de comulgar muchas veces, ellos no gozan del convite, y por ventura desfavorecen a quien lo quiere gozar!; y el no favorecerlo es harto mal; y así, unos por unos achaques, y otros por otros, *el Pan del cielo* está allí rogando consigo mismo a quién quiere ir a comerlo; y siendo dado para que nos acordemos de su Pasión, hémonos dado tan buen recaudo, que hemos olvidado a él y a ella.

### 8.—Quejas divinas.

Grandes quejas da de aquesto aquel Señor que allí está, aunque calla; mas como antes que encarnase, y antes que este Misterio ordenase, y antes que fuésemos nosotros nacidos, ya sabía Él esta frialdad nues-

(6) *Mirad*; el autor dijo *catad*.

tra de su amor y esta negligencia en ir a su mesa, mandó decir por boca del profeta David, lo que nosotros hacemos con Él en aqueste tiempo: *Olvidado me han como un muerto que lo olvidan de corazón* (Ps., 30, 13). ¡Oh cuidadoso Padre y Señor, que tanto nos tienes en tu memoria para hacernos bien! ¡Cuánta razón tienes de quejarte de agravio tan grande, de que, acordándote Tú siempre de nos, nosotros te hayamos puesto en olvido!

Murióse un vecino vuestro, y al cabo de pocos días olvidáisle en vuestro corazón tan olvidado, como si nunca lo hubiérades visto y conversado; y así hace el mal cristiano, que como ha días que murió el Señor, olvídale *de corazón*, sin tener gusto en pensar en su sagrada Pasión, y sin dársele nada por recibir al Señor, sino es al cabo de un año, y aun eso mal hecho.

¿Qué hicieron más los judíos? Matáronlo, despreciáronlo y fué puesto en la sepultura. Mátaslo cuando cometes un pecado mortal; tiénoslo en poco y olvidaslo cuando, teniéndolo presente y rogándote consigo mismo, por no dejar tus pecados y por no ponerte en cuidado de enmendar tu vida, no quieres llegarte a recibir al Señor, como cosa en que te va poco. Pues no es poco, y Dios no lo tiene en poco, y de muy agraviado, da queja por el Profeta Isaías (1, 2); y no espera a darla al medio ni al fin de sus razones, mas como muy sentido y muy lleno de enojo, quejándose comienza a hablar y dice: *¡Oye, cielo; tierra, oye!* ¿Qué será esto, que, Señor, queréis decir con tanta afrenta del hombre? Como quien dice: «Pues no me oyen los hombres a quien di entendimiento, óigame el cielo, óigame la tierra la queja que de ellos doy.» *Yo mantuve hijos y los ensalcé, y ellos despreciaronme. El buey conoció a su dueño, y el asno al pesebre de su señor; mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.*

¡Oh, qué mala paga te damos, Señor, de que nos criaste, y mandaste a tus criaturas que nos sirviesen y nos mantuviesen, y sobre todo esto, nos ensalzaste con darnos licencia que nos llegásemos a tu mesa, y te recibiésemos a Ti mismo hecho manjar, igualándonos con los ángeles! Y siendo razón que, pues gozamos del beneficio de los ángeles, lo agradeciésemos y preciásemos como lo hacen los ángeles, es tan grande nuestra torpedad y negligencia, que podemos ser condenados en comparación *del buey y del asno*; porque aquéllos conocen a su dueño y el lugar de su man-

tenimiento, y con grandísima hambre van a él, y muchas veces quiebran las ataduras con que están atados, y no hay quien los pueda tener de ir a tomar el manjar; ¡y nosotros, teniendo el manjar divinal delante, que nos ensalza juntándonos consigo, nosotros le despreciamos con abominable desprecio!

### 9.—¡Despreciáis el Pan celestial!

No esté aquí alguno tan ciego que no conozca que desprecia al Señor, y con el desconocimiento cierre la puerta a la confesión de su culpa y al perdón del Señor.

—¿Qué decís? ¡Que no desprecie al Señor!

Muchos días ha que respondieron eso al Señor unos malos sacerdotes que eran negligentes (7) en su oficio; a los cuales replica el Señor diciendo (*Malach.*, 1, 6, 7): *¿Preguntáis en qué me despreciasteis? En que decís que la mesa del Señor es cosa despreciada; que quien a sus cosas desprecia, a Él desprecia.*

Esa respuesta te da Dios a ti, cristiano; que en lo que le desprecias a Él es en tener por *cosa despreciada su mesa*, y con más razón que la otra mesa antigua; pues que en aquélla no había sino unos panes de trigo de la tierra, y el pan que en ésta hay es el mismo Dios humanado.

Y no pienses que, porque te hinques las rodillas y creas de Él lo que se debe creer, estás ajeno del no despreciarlo. *Gente hay*—dice San Pablo (*Tit.* 1, 16)—*que con la boca confiesan que conocen a Dios, y con las obras lo niegan.* Los infieles no creen que en esta mesa está Jesucristo; y los malos cristianos, aunque lo creen, no atienden (y por ventura no creen) a la virtud y riquezas que este pan celestial comunica a quien lo recibe. Conocen a Él en él, mas no su virtud y sus efectos poderosísimos para tener en pie una ánima, y darle victoria contra sus enemigos. Y por falta de este conocimiento hay mucha gente que tiene por imposible el vivir sin pecado mortal, y el vivir vida aprovechada en la virtud; y como ninguno intenta aquello que tiene por imposible, estánse caídos debajo del poderío del demonio y de la maldad del pe-

(7) Los impresos dicen: «respondieron eso unos malos sacerdotes al Señor, que eran negligentes...»

cado, hollados de sus enemigos, sin procurar salir de debajo de sus pies; ni toman armas, ni pelean, ni lo procuran, ni lo piensan, y están muy contentos con decir: «Creemos que está allí *el Pan que vino del cielo.*» Si creéis que está allí *el Pan que vino del cielo*, ¿por qué no creéis que tiene la virtud para hacer a los hombres que tengan costumbres del cielo? Si conforme al manjar que uno come, tales humores engendra, ¿manjar limpio, por qué no hará limpios; y santo, santos; y celestial, celestiales?

Si hiciese un rey un convite en mitad de esa plaza, y rogase a todos que fuesen a comer en él manjares que diesen salud, riquezas y vida que nunca se acaba; y se anduviesen los hombres paseando por allí cerca, y oyendo las amorosas voces del rey no fuesen allí, ¿quién diría que esta tal gente no despreciaba al rey, y a su mesa, y a su manjar, y a todos los bienes que de presente da a sus convidados, y a los muchos que promete que les ha de dar? ¡Oh cosa digna de gran confusión, que convidando Dios con *el Pan que vino del cielo*, se hagan sordos los hombres, sin tener respuesta que sea de ver (8) para ello! Dejan de ir a comer el pan de los ángeles por comer pan de puercos, que son los deleites carnales; apaciéntanse del humo y aire de las honras y pompas de aqueste mundo, y pierden el pasto celestial que Dios da en su mesa, y huyen de la contratación y conversación de Él, por no pasar un poco de trabajo en aparejarse, o no sé por qué.

#### 10.—*Vanas excusas.*

Decidlo vosotros que huís, ¿por qué huís? ¿Por qué tenéis en poco las admirables invenciones de amor que el Señor inventó con su sabiduría para juntarse con vosotros y ser manjar vuestro? ¿No me decís el porqué? Preguntarlo he a nuestro Señor para que Él os lo diga, y oírlo he yo.

Decid, Señor; decid, sabedor de todas las cosas; quejaos de este agravio que esta gente, a quien criasteis, mantuvisteis, ensalzasteis, por quien nacisteis, por quien disteis vuestra sangre, os hace [en] despreciar a Vos y a vuestro convite, y los grandes provechos que de él sacarían.

(8) *De ver*: presentable, aceptable.

«No queréis venir a Mí—dice el Señor—ni me queréis bien a Mí; que los que bien se quieren, juntos desean estar y conversar; *ni queréis vida* (Jn., 5, 40); pues de Mí, que sólo la puedo dar, huís tanto.»

Señor, pues a quien a Vos no ama, ni quiere venir. ¿de qué le asiremos para convidarle que vaya a Vos?

Cristiano, acuérdate de estas palabras, averguénzate de ellas, duélete, porque se dice de ti con verdad: *No queréis venir a Mí para tener vida.*

¡Oh cosa recia! Que dice la Escritura (Prov., 27, 6), *que son mejores las heridas que da el que ama, que los falsos besos que da el que quiere mal.* ¡Y que haya llegado nuestra ceguedad a tanto, que queramos mas recibir heridas de quien mal nos quiere, que abrazos de quien mucho nos ama! Los pecados que haces, heridas son que te dan tus enemigos: y en la mesa del Señor te da abrazos y vida con mayor amor ue tu te tienes a ti.

«Hermano, ¿que es verdad que *no quieres venir a Mí para tener vida?* ¿Por qué? ¿Porque te parezco *hombre bajo*, como los fariseos decían? ¿Por qué? ¿Porque hago mal rostro a mis convidados? ¿Por qué? ¿Porque no os quiero bien?

«¿Por qué no queréis *venir a Mí a recibir vida?* ¿Porque soy yo el que la doy?»

¡Oh desacato tan grande; obra que, por ser tan mala, no tiene respuesta! Porque el Señor es tal, que aunque Él diese azotes, y en otra parte hubiese placeres, habíamos de ir corriendo y desalados a Él, queriendo más llorar con Él, que reír con el mundo. ¡Oh mesa sagrada, cuán mal conocida eres, y por eso tan poco estimada, y por eso tan poco usada, y por eso perdemos los excelentísimos frutos de la vida cristiana, vida de gracia, vida de toda virtud, vida de consolación entrañable, que en ti se dispensa para los que bien se aparejan para recibir en ti *el Pan que vino del cielo!*

Si Dios se queja de que la otra *mesa suya*, que era figura de ésta, *era tenida en poco*, ¿con cuánta más razón se quejará de ser tenida en poco esta preciosísima, verdad y cumplimiento de aquella pasada, cumplimiento del cordero; cumplimiento del maná y de otras muchas figuras, según canta la Iglesia? (9):

(9) *In figuris praesignatur*, etc. (De la Sequencia *Lauda Sion.*)

«Este pan celestial da cumplimiento a las figuras pasadas» (10).

### 11.—*La tierra, convertida en cielo.*

Es tan grande el valor de esta mesa, que porque no nos espantase con su grandeza, quiso Dios mucho tiempo antes representar por figuras esta verdad, para que, acostumbrados los hombres a tratar las *sombras*, con mayor facilidad recibiesen el *cuerpo* cuando viese.

Ya tenemos entre nos el santo Cuerpo de Jesucristo; *Pan que vino del cielo*, figurado por las figuras pasadas, y figura de aquel eterno convite y eterna haritura que hemos de tener en el cielo; lo cual nos declara la santa Iglesia en la oración *Post communicanda* de la Misa de este divino Misterio, que dice: «Haznos, Señor, ser llenos del gozo de tu sempiterna divinidad, según es figurado en el recibimiento corporal de tu Cuerpo y Sangre.» ¡Palabras de grande consuelo y de grande estima, por cierto, que haya cosa en la tierra que represente la eterna comida del cielo! Si nos diese Dios ojos para saber mirar esta mesa sagrada, el corazón se nos iría tras de ella, así por los bienes que de presente recibe quien bien comulga, como por los que representa que le darán en el cielo en pago de la comida de acá. *Este es el Pan que vino del cielo*, y por eso poderosísimo para hacer a los terrenales celestiales. Porque, según dice San Pablo (1 Cor., 15, 48): *Cual es el terreno, tales los terrenales; y cual es el celestial, tales los celestiales*. Sea a todos notorio, que, pues el manjar comido de Adán, por el cual él fué pecador y nos hizo a todos pecadores semejables a él, fué poderoso para derribarnos de la vida y gracia celestial que tuviéramos, que este *Pan que descendió del cielo* es más poderoso para hacer celestiales semejables a Sí a aquellos que bien lo comieron.

Muchas pruebas ha dado de aquesto, en testimonio que lo mismo hará con todos nosotros si nos aparejamos para recibirlo. ¡Oh nuevas dichosas! *Este es el Pan que descendió del cielo*. Si el Señor está en la tie-

---

(10) *Dat panis coelicus figuris terminum.* (Del himno *Sacris solemnibus.*)

rra, la tierra tornándose ha cielo; pues ha descendido a ella lo que daba valor al cielo y le hacía ser cielo. Si Dios dejase el cielo y se fuese al infierno, allí estaría el paraíso, como estuvo en el limbo, y allí nos iríamos sin hacer caso del cielo. ¡Dichosa nuestra tierra, que cobra nombre de *cielo* por tal morador! Y también se quedó el cielo dichoso; porque aunque este Pan divinal descendió acá, quédase allá; y estando acá *el Hijo de la Virgen*, dijo Él que *estaba en el cielo* (Jn., 3, 13). Y dos ciudades hay habitadas de Dios, dos paraísos tenemos; y en este de acá moramos según el cuerpo, y en el cielo con el pensamiento y deseo. Mas para que no os canséis, ni os duela mucho la cabeza de subir hasta las alturas del cielo a pensar en Jesucristo nuestro Señor, tenémosle acá presente, para que podamos pensar en Él, pedirle socorro, enderezar nuestras oraciones a Él, cuando quisiéremos acá, y cuando quisiéremos allá. Junto quiso estar el Señor con nosotros, para que en diciendo que digamos (11): *¡Ay!*, esté cerca para nos oír y remediar, como médico o madre que, estando el hijo enfermo, no se apartan de la cama de él, y si es menester allí cerca duermen.

¡Oh cuidadosísimo Padre, amorosísima Madre, dulcísimo Médico, cuán atado te tiene nuestro amor con nosotros! ¡Cuán cercano te has hecho, para que en doliéndome el alma, para que, en mordiéndome el lobo, si yo a Ti, Señor, me quejare, estés tan cercano, que luego me oigas, y cuando yo duerma, Tú me estés velando siempre despierto, que *ni duermes, ni te viene sueño*, guarda vigilante de los que se encomiendan en Ti! (Ps., 120; Cant., 5.)

## 12.—*Pan del cielo, vida celestial.*

Y es de mirar, que ya que Dios nos hizo esta merced, de que la Persona divina de Jesucristo nuestro Señor descendiese del cielo a estar con nosotros por real presencia en este Sacramento divino, dícesenos por tales palabras, que no sólo nos dan a entender la verdad de su presencia, mas la alteza del provecho que de ello nos viene. *Este es el Pan que del cielo descendió*

(11) *En diciendo que digamos... tan pronto como digamos..*

(*Jn.*, 6, 50), dice el Señor. Si es *Pan del cielo*, mantenimiento es de los que están en el cielo; y si tenemos acá el mantenimiento del cielo, tendremos acá la vida del cielo.

Porque si en el mantenimiento corporal que tomamos, los humores se engendran conforme al mantenimiento, y aunque sea muy baja la cosa comida, es levantada a tan gran valor, que tenga vida de hombre, porque quien lo come es mejor que el manjar, y por eso le pega su propio valor, ¿pues qué será aquí donde el pan que comemos es Jesucristo, mantenimiento del cielo, y este manjar es mejor que nosotros, y comiéndole, nos come Él y nos convierte en Sí mismo, y de hombres terrenales nos hace hombres celestiales, semejantes a los ángeles en la vida, como lo somos en el manjar?

No tiene que ver la vida del cristiano con la vida de la tierra, porque el Hijo de Dios lo convierte en Sí mismo y lo hace celestial en sus costumbres como el Señor lo es; *cuyas manos*, dice la Esposa que son *llenas de jacintos* (*Cant.*, 5, 14), que son del color del cielo, porque sus obras eran celestiales, y así lo son las de aquellos a quien Él mantiene consigo mismo y los transforma en Sí.

San Pedro dice (1 *Petr.*, 4, 4) que los infieles de aquel tiempo *se maravillaban* de cómo los cristianos estaban tan ajenos de seguir los deleites carnales que los infieles seguían. Y también se cuenta que se maravillaban de cómo los cristianos pasaban tantos tormentos por amor de Jesucristo nuestro Señor, y decían: «Mucho quieren los cristianos a su Dios, más que otras naciones.» También dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 1) que las mujeres cristianas tuviesen vida tan alta, que *convirtiesen a sus maridos* con el buen ejemplo, ya que no se convirtiesen con la predicación y milagros de los Apóstoles. El Señor dice (*Jn.*, 17, 21) «*que todos los cristianos sean una cosa por la caridad, para que, viéndolos el mundo, crea que Cristo, Señor de ellos, es Dios verdadero*». Y San Pablo dice a los Filipenses (2, 15, 16) «*que son como las lumbreras del cielo, que alumbran al mundo, y que tienen obrada en sí la palabra de la vida*».

Esta ventaja ha de llevar la vida cristiana a la vida de los infieles, aun en lo que toca a las buenas costumbres, cual la lleva el cielo a la tierra. Y por esta regla miden los Santos en su doctrina la cris-

tiandad, y los reprenden si no suben más altos que ellos.

Y si os parece esto de poca autoridad, el mismo Señor, para dar a entender esta celestial vida que hemos de tener, dice (*Mt.*, 5, 46-48): *Si amáis a los que os aman, o hacéis bien a quien os hace bien ¿qué mucho hacéis en eso? Pues que lo mismo hacen los infieles y los arrendadores* (que entonces eran tenidos por gente que tenía poca cuenta con Dios). *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto, y haced obras que imiten a su bondad, de las cuales el mundo se admire, y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* (*Mt.*, 5, 16), por veros a vosotros, aunque andéis en el mundo como ellos andan, que no vivís según el mundo, pues en la vida sois celestiales.» Lo mismo nos amonesta San Pablo diciendo (*Rom.*, 12, 2): *No os queráis conformar con este siglo, mas renovaos en la novedad de vuestra ánima, para que por experiencia probéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, bien placiente y perfecta.*

### 13.—*¡Ay de los predicadores tibios!* (12).

Mas ¡ay de la tibieza de nuestros tiempos, tan lejos de tener vida celestial, conforme al Pan celestial que del cielo vino! *¡Ay del mundo por los escándalos!* (*Mt.*, 18, 7), dijo el Señor; y no es el menor tropiezo en el camino de la virtud la tibieza, pues allende de privarnos de la perfecta virtud, nos es tropiezo para caer en pecados mortales. *¡Ay del mundo por el escándalo* de la tibieza en que muchos tropiezan!; mas *¡ay de aquel por quien este escándalo viene!* (*Mt.*, 18, 7). Si la gente simple vive en tibieza, mal hecho es; mas su mal tiene remedio, y no dañan sino a sí mismos; mas si los enseñadores son tibios, entonces se cumple enteramente el *¡ay!* del Señor *para el mundo*, por el grande mal que de esta tibieza le viene; y el *¡ay!* que amenaza a los tibios enseñadores, que pegan su tibieza a los otros, y aun les apagan su fervor.

---

(12) Llama *tibios* a los predicadores y directores que no exhortaban a vida perfecta y a la comunión frecuente; sobre todo, condena a los que negaban la comunión frecuente. (Véase el Tratado 23.)

No dañan tanto a los hombres los ladrones que están acechando en los caminos para robar caminantes; no tanto los corsarios que roban en el mar a los que llevan muchas riquezas y navegan con próspero viento, cuanto daña un enseñador tibio a un hombre que corría ligero por el camino de Dios; y sale él de través (13) con desordenados temores que le pone, a veces con palabras buenas mal entendidas; de tal manera lo trata, que le echa unas cadenas a los pies para que no pueda correr como antes, sino andar muy poco a poco; y la fialdad que el tal enseñador tenía dentro de sí, la derrama como agua fría sobre el corazón del que tenía fervor, y se lo apaga como el fuego con agua.

Camina otro por el mar de este mundo con muchas virtudes, inspirado con soplo del cielo; y sálele al camino el espíritu y soplo de la humana prudencia, y hace que deje el otro el agua del cielo que le hacía celestial, que se baje a ser terrenal, regido por la humana prudencia, maestra de la tibieza, enemiga del fervor.

No tienen todos lumbre para conocer este mal que de la doctrina tibia viene a la Iglesia; mas siéntelo Jacob, y llóralo, y dice con lágrimas (*Gen.*, 37, 33): *¡La pésima bestia fiera ha tragado a mi hijo José!* El luchador—significado por Jacob—, el mañoso y esforzado para las guerras de Dios, éste siente y llora el mal que hace en la Iglesia la malísima bestia fiera de la tibieza, que se ha tragado el aprovechamiento de la virtud, significada en José, que quiere decir *crecimiento*; porque matando o no favoreciendo el crecimiento de la virtud, poco a poco se viene tanto disminuyendo, hasta que del todo se pierde.

Contentarse debían los tibios enseñadores con su mal propio, causado de su propia tibieza, y debíanse poner en su propio lugar, que es aprender y mejorarse, y crecer en virtud, y no tomar oficio para daño suyo y ajeno.

Por maravilla, y muy a pospelo (14) se hallará hombre que con eficacia reprenda el vicio en que él está; porque ya que no tema que los hombres le digan (*Lc.*, 4, 23): *Médico, cúrate a ti mismo* (porque, por ventura su mal es secreto), mas aquellos latidos

(13) *De través*: de costado, transversalmente.

(14) *A pospelo*: a contrapelo, redopelo, redropelo.

que la propia conciencia le da, acobardan tanto, y el amor que al vicio tiene le ata de manera, que cuando de él dice mal, es como cosa fingida, y que el modo del decir da a entender cuán poco aborrece en el corazón lo que reprende de fuera.

No es de todos la dispensación de la palabra de Dios, sino de aquellos que la tratan conforme a lo que ella es; conviene a saber (*Jerem.*, 23, 29), *martillo para quebrantar peñas, y fuego para encender la tibieza*. Yo—dice el Profeta (*Mich*, 3, 8)—*estoy lleno de la fortaleza del Señor para anunciar a Jacob su pecado*. Ardía con fuego de Dios, como también Jeremías (20, 9) dice que le acaeció; y confortado de su corazón con aqueste fuego divino, echaba palabras de sí, que al malo hacían temblar de temor, y al tibio encendían en deseo de aprovechar con el fuego del amor.

¡Oh gloria cristiana, y cuán caro te cuesta la falta de aquestos tales enseñadores, pues por esta causa está tu faz tan desfigurada, y tan diferente de cuando estabas hermosa en el principio de tu nacimiento! ¿Dónde está ahora aquel desprecio del mundo con que en el principio de la Iglesia *dejaban los cristianos sus haciendas, y el precio de ellas lo ponían a los pies de los Apóstoles* (*Act.*, 4, 34), significando que las despreciaban en sus corazones como tierra, polvo y lodo que está debajo de los pies?

Gente habrá que, midiendo este negocio por su corazón, diga: ¿Cómo pueden ser estas cosas? Si tal preguntáis, responderos hemos a esta maravilla que había entonces: Oíd otra; que siendo muy muchos los cristianos, dice el Evangelista San Lucas (*Act.*, 4, 32) *que de los creyentes era el corazón uno, y el ánimo una*; y ahora, ¡ni aun padres con hijos, ni marido con mujer, aun no tienen un corazón!

¿Queréis otra? No sólo estos santos tan grandes, mas otra innumerable gente, varones y mujeres, mancebos, viejos y mozos, hollaban la carne, y escogían más virginidad con pobreza, que casamientos muy ricos. Pasaban tormentos para espantar, y muchos se ofrecían a ellos con mayor alegría, que uno de nosotros ama la vida y la busca donde la halla.

¿Qué era la causa de vida tan celestial, que ponía en tanta admiración a los hombres que la miraban, muchos de los cuales se tornaban cristianos, viendo tanta alteza de virtud que tenían aquéllos, tan aje-

na de lo que en sí propios sentían? ¿Sabéis cuál fué la causa de vida tan celestial? Haber buenos predicadores, encendidos con fuego de amor celestial, que encendían los corazones de los oyentes al fervoroso amor de Jesucristo nuestro Señor, y usarse entonces comer de este Pan celestial.

Se ha quitado el comer y se ha quitado la fuerza. Descendió *el Pan del cielo* para darnos vida y fortaleza del cielo; apartámonos de él, no sé por qué; comernos falsos o vanos manjares; con que estamos tan flacos, que con una pequeña y vana tentación nos caemos, y en ofreciéndose cosa que toque en nuestra hacienda, o nuestra honra o nuestra vida, aun no se espera a pelear, porque luego damos con nosotros en tierra.

#### 14.—*Comulga con fervor y te harás celestial.*

No es menester, para prueba de esta fortaleza y celestial vida que da este Pan celestial, acordarnos de los tiempos pasados, ni buscar testigos fuera de casa. Determinate, cristiano, a comer muchas veces este pan celestial, limpiando tu conciencia, viviendo con el cuidado, cual debe tener la persona que quiere conversar con Dios humanado, y ser convidado a su mesa, y recibirlo con debido aparejo en sus entrañas; y te acaecerá muchas veces, que acabada la Misa o la comunión, te sentirás tan otro del que eras cuando te llegaste a esta mesa sagrada, que tú mismo te admirarás de lo que Dios obra en ella; y no te conocerás mirando qué tal viniste, y qué misericordias ha hecho nuestro Señor contigo. Tendrás un gusto de este divino Pan que has recibido, que así te quitará el gusto de la carne y de todos sus regalos, que aun de pensarlos te dará fastidio, aborrecimiento y admiración, y te espantarás mucho cómo cosa tan desabrida y amarga, algún tiempo te supo bien, o cómo te venció o te dió guerra cosa tan flaca

Probarás que San Gregorio dijo verdad: «Que así como gustada la carne, parece el espíritu desabrido, así gustado el espíritu, se torna desabrida toda la carne.» Sentirás tormento en sentarte a comer a la mesa del cuerpo, acordándote de aquella dichosa hora en que fué puesto por manjar de tu ánima Dios

humanado, *que del cielo descendió*. Y con esta riqueza te parecerán cosas de tan poco como todas las cosas de aqueste mundo, que te parecerán un poco de humo, que muy presto se deshace; sombra, y no cuerpo; engaño, y no verdad; y te maravillarás, y habrás compasión de que haya gente que estime cosas tan indignas de ser estimadas; sentirás un esfuerzo tan grande, que *hollarás al león y al dragón* (Ps., 90, 13), que es el demonio, y te será dado un señorío tan alto, que ni temas desfavores, ni estimes los favores de todo este mundo; y ni tengas temor de la muerte, ni de enfermedades, ni de pobreza, ni de necesidades, ni te verás aficionado demasadamente a la vida; y tan rico te hallarás, y tan favorecido por recibir al Señor y experimentar que Él te favorece y que entre de buena gana en tu pecho, que te veas como señor de cielo y tierra, y por todo lo que en él hay, no trocarás esta merced de que Dios humanado sea manjar de tu ánima.

Entonces sabrás por experiencia que este pan no es pan de cuerpo, ni que se cogió en las hazas de la tierra, sino *Pan que vino del cielo* para hacer a los terrenales celestiales. Y como San Ambrosio, cuando iba a decir Misa, decía a este Señor: «Hazme, Señor, aquesta merced, que yo experimente la dulcedumbre de tu presencia, pues estás aquí»; suplicarle has tú: «Experimente yo la fortaleza de vuestra presencia, que dais a los que bien os reciben.» *Pan del cielo les dió; y el pan de los fuertes* (como traslada San Jerónimo), *come el hombre* (Ps., 77, 24, 25);\* porque lo comen los ángeles fuertes en el cielo, y hace a los hombres flacos, fuertes, y de fuertes, más fuertes.

Aunque estos dichosos sentimientos no se comuniquen a todos los que bien comulgan, sino cúmplase lo que dice San Pablo (2 Cor., 9, 6): *El que escasamente siembra, escasamente coge, y el que siembra en bendiciones* (que quiere decir *en abundancia*) *también cogerá en abundancia la vida eterna*.

Hay gente esforzada en el servicio de Dios que pasan muchos trabajos y hacen muchas buenas obras; y danlo todo por bien empleado, porque cuando se ven en aquella hora dichosa de recibir a nuestro Señor, sean de Él recibidos amorosamente, y hechos participantes en la grandeza de sus riquezas. Estos dicen al Señor lo que dijo David (Ps., 62, 1-6): ¡Dios, Dios mío! por las mañanas, *al tiempo que sale la luz,*

*velo en oración a Ti. Mi ánimo tiene gran deseo de Ti, y también mi carne en muchas maneras. En la tierra desierta, sin camino y sin agua, y en toda santidad me he presentado delante de Ti, para ver tu fortaleza y tu gloria. Mejor es tu misericordia que todas las vidas, y mis labios te alabarán. Te bendeciré en todo el tiempo de mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos para bien obrar, para que mi ánimo sea llena de redaño y de grosura, y mi boca te alabe con labios de regocijo.*

¡Qué buen consejo el de aquestos que *velan en la oración*, y su carne y su alma *tiene hambre y sed del Señor* (Mt., 5, 3), ejercitándose en la vida áspera de la penitencia, procurando alcanzar *santidad para presentarse* delante de aqueste Señor que es *fortaleza y gloria* del Padre! Hacen buena vida, y no presuntuosos; mas confían en *la misericordia* de Dios, y *alaban a Él*, y no a ellos. *Bendícenle* en lo que les acaece en su vida, y confiados en el socorro de Dios, *alzan sus manos*, y emprenden cosas fuertes por Él; y les va (15) tan bien en la comunión, que *su ánimo es llena* y rellena *de grosura* de amor y devoción entrañable; y habiendo también comido y gustado la celestial dulcedumbre, *alaban al Señor*, no con alabanzas frías ni secas, mas de mucha alegría, semejables al dulce corazón de que salen.

Cúmplese en ellos lo que está escrito por David (Ps., 21, 27): *Comerán los pobres, y serán hartos; y alabarán al Señor los que le buscan*; y con este manjar de vida *vivirán sus corazones en el siglo de los siglos*. Si trabajan bien, bien les pagan; si sudan, comen su pan; y ellos aparejándose cada día mejor, y el Señor a hacerles en esta mesa nuevas mercedes, vanse cada día apurando (16) más, creciendo en justicia, y con la participación del pan celestial haciéndose cada día más celestiales, y tan divinos, que, como Orígenes dice, los hombres no los conocen, por estar tan reformados y transformados en Dios; y en fin, viven una vida tan bienaventurada, que sólo el Señor que la da, y ellos que la experimentan, saben cuál es.

Verdad es que esto no es siempre, porque no sea continuo el paraíso en la tierra. Y escóndeles el Se-

(15) *Les va*; la edición de 1596, *vales*.

(16) *Apurando*: purificando.

ñor su amor y quítales su dulcedumbre, para que no se asgan (17) a ella más de lo que es razón, y lleven cruz de desconsuelo interior que les ejercite y humille, porque esto es más seguro para este destierro.

Cuando así te acaezca, cristiano, no te desmayes por ello; no dejes tu buena vida, ni te apartes de aquesta mesa sagrada; que la dulzura y consolación de que algunas veces careces, con sufrirlo en paciencia la tendrás guardada para cuando vayas al cielo.

Lo que debes de procurar, y te amonesto mucho que adviertas, es que, si el Señor algún tiempo te ha tratado con estos espirituales regalos, no se te hayan quitado por alguna culpa de liviandad, o negligencia, o desagradecimiento, o cosa de aquéstas. Y si en ello has caído, pon el remedio conforme a la culpa, y el Señor hará contigo lo que mejor te estuviere..

Y si no eres de aquellos que se aparejan con tanto esfuerzo para esta mesa sagrada, ni sientes lo que ellos sienten cuando comulgan, procura de mejorarte en el servir, para que el Señor, cuando fueres a su mesa, tienda su mano en galardonarte. Y espérale, que Él volverá, y te mirará; y por muy poco que te dé de aqueste sagrado convite, lo debes en más estimar, que si todo el mundo te diese. Más vale un poco de oro, que mucho de lodo; y sin ninguna comparación, es más preciosa una migaja que el Señor te dé de aquesta celestial mesa, que cualquier bocado que te dé el mundo, por grande que sea. Toda razón pide que lo que aquí se da es de mucho valor, pues creemos que el mismo Señor se aposenta en nosotros con verdadera presencia real. Y pues un hombre rico y piadoso que condesciende a visitar los pobres de un hospital, no se debe creer que se saldrá de allí sin hacer misericordia, ¿qué podremos esperar siendo Dios riquísimo. y dándonosos Él mismo, sino que quien a Sí mismo se nos da, no habrá cosa que niegue?

¡Alabada sea, Señor, para siempre tu bondad!

#### 15.—*El convite del rey Asuero y la comunión.*

Bastantes mercedes son aquestas que Dios de presente da a los que a su mesa sagrada se allegan para

---

(17) *Se asgan* (de asir): se agarren.

despertar nuestra hambre, y poner espuelas a nuestra pereza, y correr a esta mesa divina a gozar de sus bienes. Mas para que más entiendas cuánto te cumple ser convidado de aquesta mesa, por mucho que te costase, has de saber que así como este divino convite es cumplimiento de muchas figuras pasadas, es también figura del convite del cielo, que se tiene de hacer a los que comieren como deben de aqueste divino *Pan que descendió del cielo* a la tierra.

Figurado fué este convite, de que ahora gozamos, en el pan y vino que ofreció Melquisedech (*Gen.*, 14, 18). Figurado fué en el maná que llovió Dios a los padres en el desierto (*Ex.*, 16, 14). Y más por extenso fué figurado en aquel famoso convite que el gran rey Asuero hizo en la ciudad de Susán en el *tercer año de su imperio* a todos los príncipes y esforzados caballeros, y a todo su reino; del cual diremos aquí, dejando las otras figuras para en sus lugares.

Quiso aquel rey, según la Escritura dice (*Esth.*, 1, 4), *enseñar las riquezas de la honra de su reino*, y los deleites que podía dar según la grandeza de su poderío; y en un portal que estaba cerca del palacio real *y cerca de un huerto* de mucha frescura, como convenía a la majestad del rey, mandó poner las mesas para los convidados, y encima de ellas muchos *doseles de color blanco y colorado y de jacinto*, los cuales eran sustentados con *cuerdas de holanda y carmesí*, y atadas a *unas columnas de mármol* para que se tuviesen (18); y con este amparo eran defendidos los convidados del sol y del agua, para que mejor pudiesen gozar del convite. *El suelo del portal era de piedras preciosas, y maravillosamente adornado*, encima del cual había *lechos de oro y de plata* en que se acostasen los convidados para comer, porque era uso y costumbre que entonces se usaba.

Los platos y tazas eran *de oro*, y había tantos, que *los mudaban de unos en otros*, y no era menester que uno aguardase para beber, a que otro convidado hubiese bebido. *El vino era muy excelente, como vino de rey, y había de ello grandísima abundancia*. Y porque no hubiese convidado que recibiese algún sinsabor, *mandó a todos los que tenían cargo de proveer las mesas, que ningún convidado fuese constreñido a be-*

---

(18) *Se tuviesen*: se sostuviesen.

ber cuando no quisiese, o más de lo que quisiese, sino que en todo se *guardase su contentamiento*.

A algunos parece que primero hizo convite a los príncipes de su reino, que duró muchos días, y después convidó a todos, chicos y grandes, cuantos había en la ciudad, por tiempo de siete días. Y otros dicen que el aparejar del convite duró mucho tiempo, y que fueron juntamente convidados los príncipes y los otros, chicos y grandes (v. 4, 5).

Famosa (19) *figura* de este convite divino; pero más famoso es el *cumplimiento* de esta figura. Asuero era rey de un poco de tierra, y Jesucristo nuestro Señor es del cielo y tierra, y *tiene escrito en su muslo*, según dice San Juan (Apoc., 19, 16), *Rey de reyes, y Señor de señores*; porque, aun según hombre (20), es Él Señor de todas las cosas.

Quiriendo este benditísimo Rey de reyes y Señor de señores *enseñar la grandeza de sus riquezas*, que son virtudes y gracias, y los deleites santos que hay en Él, quiso *en el tercero año de su reinado*, que fué en el tiempo de la gracia, en la ciudad de Jerusalén, sobre cuyo monte, dice el mismo Señor por boca de David (Ps., 2, 6): *Yo soy constituido Rey de la mano del Padre sobre su santo monte Sión*, y en el Cenáculo que en aquel monte está, cenando con sus discípulos, tomó en sus sacratísimas manos pan y vino de lo que estaba en la mesa, y después de haberlo consagrado, lo dió a comer y beber a los doce Apóstoles que *había de constituir Príncipes sobre toda la tierra* (Ps., 44, 17); y dándoles poder para hacer lo mismo que Él había hecho, a ellos y a los sacerdotes derechamente (21) ordenados, convidó también a todos los cristianos, chicos y grandes, no de una ciudad sino de todo el mundo universo.

Y si el otro convite duró *siete días, o ciento y ochenta*, éste durará no sólo semana de días, ni de meses, ni de años, sino por todo el tiempo que el mundo durare, que se significa en número de *siete*, y en tiempo de una semana, porque todo el tiempo por

---

(19) *Famosa*; dicese no sólo de la cosa que ha adquirido fama, sino también de la que merece tenerla. Podríamos decir: *maravillosa, insigne*.

(20) *Según hombre*: en cuanto hombre.

(21) *Derechamente*: rectamente.

estos siete días se revuelve (22), y lo comienzan otros siete de nuevo.

Mas si este convite tanto excede al otro en lo mucho que dura, ¿quién tendrá lengua para decir cuánto le excede en el manjar y en el vino que en él se dispensa? Animales o aves sería lo principal de aquel convite, y el vino sería añejo, de buen olor y sabor, producido de las vides de la tierra. Y en cumplimiento de aquella figura, tenemos nosotros aquí en este convite *el manjar que del cielo descendió*, santísima carne, santísima ánima, excelentísimo pan, que es el Verbo de Dios. Este es el manjar que comemos; y en lugar del otro vino, bebemos su bendita Sangre. ¡Nuevo convite, nunca oído ni visto hasta que Dios lo ordenó; ni corazón de hombre tal pensó, que la divina bondad tanta manifestación diera del amor que tiene a los hombres para gloria suya!

Si quiso *enseñar sus riquezas*, muy bien acertó a tomar este medio, pues con las cosas que aquí hace se manifiestan las riquezas de su sabiduría, bondad y misericordia, de tal manera, que este sacrosanto Misterio se llama, según hemos dicho, *gloria de Dios*, por cuya participación los pobres son hechos ricos de riquezas espirituales y eternas. Y [si] quiso enseñar *la grandeza de sus deleites*, muy buen aparejo hay en aqueste divino manjar, aparejado *con dulcedumbre al pobre* (Ps., 67, 11), y sabrosísimo de gustar sobre todos los sabores. Porque [si] conforme al ser de la cosa, así sea su sabor, siendo Dios el que comemos, Bien sobre todas las cosas y dulcedumbre infinita, manifiesto es que nos manifestará bien su deleite, incorporándonos en Él mediante esta santa comida; como una pera metida en un mar de azúcar dulcísimo, y por todas partes y hasta lo último de ella penetrada de él.

Los *platos y copas* en que se come esta Carne y se bebe esta Sangre son la consideración amorosa de los beneficios que este Señor nos ha hecho desde que se hizo hombre por nosotros hasta el punto que lo vamos a recibir en el altar.

El *manjar* uno es; mas si consideras, que este Señor se hizo hombre por ti, nació en pobre casa, fué

---

(22) *Se revuelve*: da la vuelta entera. Quiere decir que el tiempo no es más que una serie de semanas que se suceden unas a otras.

puesto en pesebre por ti, y a cabo de ocho días derramó su preciosa Sangre, y después huyó a Egipto, y tornando a su tierra se cansó por los caminos, y padeció muchas persecuciones, y al fin de la vida mayores, y perdióla en la cruz por ti; fué sepultado, y *resucitó por nuestra justificación* (Rom., 4, 25), subió a los cielos a parecer delante del Padre abogando por nosotros, enviéonos el Espíritu Santo, y Él mismo se nos pone en el altar para que le recibamos: ¡oh cristiano, y qué hartura, y qué dulcedumbre recibiría tu ánima si no comieses este sagrado manjar así de prisa y todo junto, sino que le repartieses en estos bocados! Cada uno de los cuales es tan grande, que se puede repartir en otro y otros, y el menor de ellos es más precioso y más deleitoso, que todo lo que en el mundo puede haber.

Pide a Dios ojos interiores para saber mirar y estimar lo que te ponen delante cuando comulgas, y con amorosa memoria dile: «Señor, Vos sois el que por mi amor descendisteis del cielo; Vos el que nacisteis, vivisteis y moristeis por mí.» Y ten por averiguado, que así como nunca faltó el aceite a la viuda de Eliseo, hasta que le faltaron los vasos en que echarlo (4 Reg., 4. 6), nunca a ti te faltarán manjares en este manjar, si no te falta devota y amorosa consideración. Y digo *amorosa*, porque los vasos y platos del otro convite eran *de oro*, y el oro significaba el amor, como cosa más preciosa de todas; y si quieres gustar de este manjar y chupar esta Sangre, lleva contigo vaso de amor, porque de otra manera no se comunicará contigo este divino manjar, guisado con grandeza de amor.

Hermoso era el suelo del otro convite; más hermosa es la fe—fundamento de todo bien—, que excelentemente se ejercita en este divino Misterio, por ser cosa sobre toda razón.

Y no dejes pasar en olvido que sobre el suelo estaban *camas de oro y de plata*, sobre que se recostaban para comer con descanso; para darte a entender, que si quieres comer con provecho y sabor de este divino manjar, has de traer tan buena conciencia de esperanza y caridad, y otras buenas obras, que no te remuerdan y acusen, sino que descanses en ella con mucha paz.

Y los *doseles* del otro convite, que defienden de los impedimentos que se podrían ofrecer a los convida-

dos, son las doctrinas de la Iglesia y de los Santos pasados, que nos defienden de los errores y tentaciones de los demonios, y de nuestras ignorancias, y de todo aquello que nos puede ser impedimento para no gozar de este convite como debemos. Estos Santos son *columnas* firmísimas que sustentan esta santa verdad de este divino Misterio; hombres a quien Dios habló, hombres de santísima vida, que con la santidad de su vida y con el derramamiento de la sangre por Jesucristo nuestro Señor, cobraron tanta autoridad, que tienen en pie su doctrina, como las columnas del otro sustentaban los doseles con *cuerdas de Holanda y carmesí*; porque hallarás que estos Santos tuvieron mayor blancura de limpieza de vida que una fina Holanda, y fueron tan encendidos en el amor del Señor, que derramaron por Él su sangre, con que fueron teñidos mejor que ningún carmesí.

Y una cosa queda por decir, que no es la menor; que no había en aquel convite quien constriñese a beber, porque el vino debía de ser tal, que Él mismo convidaba consigo, y antes sería menester freno, y que constriñesen a no beber tanto, que forzarles a que lo bebiesen. ¡Oh dulcísima Sangre! ¡Oh preciosísimo Vino! ¿Quién nos ha cerrado los ojos? ¿Quién ha derribado nuestro apetito, para que no conozcamos tan grande valor, no gustemos tu dulcedumbre, y sintamos tan mal de ti, que sea menester que los predicadores os importunemos con tantas palabras a que vayáis a comer y beber este celestial *Pan y Vino, que esfuerza y alegra nuestro corazón?* (Ps., 103, 15.) Y lo que peor es; que hay algunos que sea menester que les fuerce el Prelado y la justicia, para que vengán de mala gana a la mesa de la *Buena gracia* (23), donde el Señor de tan buena gana se da.

¡Oh válame Dios, y qué diferentes caminos andamos Tú, Señor, y nosotros! Tú vienes del cielo muerto de hambre por mantenernos, y el hombre no ha gana de Ti, y huye por no recibirte. ¡Adolécete (24), Señor, de cuán errados caminos andamos, y métenos por tu misericordia en los caminos de tu verdad y de

---

(23) *Buena gracia* es lo que a la letra significa *eu-caristía*.

(24) *Adolécete: compadécete*.

tu amor, para que, pues vienes con grande gana de dártenos, vayamos a Ti con gana de recibirte!

¡Cristiano, que es menester rogarte que comas de este sagrado manjar y bebas de este dulcísimo vino! Verdaderamente merece Él por quien es, por su hermosura, por su bondad, que le amásemos tanto y tuviésemos tanta hambre de ir a Él, que las voces que ahora os damos los predicadores rogándoos que vayáis, había de ser deciros, que aunque el vino es dulcísimo y vuestra sed grande, que os templásedes (25) en el beber, que por ventura comíades más que vuestros trabajos merecían.

### 16.—La Comunión, figura del convite del cielo.

¡Plegue, Señor, a tu misericordia que venga ya aquel día, en que faz a faz nos veamos, para que tu hermosura claramente vista despierte en nosotros deseos eternos!

Vendrá, cierto, vendrá, y vuestros ojos verán claro a este Señor que ahora veis escondido, si queréis aprovecharos de este convite, que como es cumplimiento de las figuras pasadas, así es figura del convite que está por venir. No *figura* en lo que toca al manjar, porque el mismo que aquí comemos en fe, es el mismo que allá comeremos en su propia especie (26). Que por esto dice San Juan que él vió *en las dos riberas* de un río que salía de la silla de Dios, *árbol* (Apoc., 22, 2), y no árboles; porque de la una parte del río, que es el cielo, está Jesucristo nuestro Señor manteniendo a los de allá; y a la otra ribera, que es la Iglesia en que estamos, está el mismo *árbol de la Vida* manteniéndonos como manjar. Y aunque en el sitio local hay muchas leguas de esta ribera a la otra, de la tierra al cielo; mas para quien bien come de aqueste manjar, muy cerquita está el convite del cielo; según está figurado en el convite pasado [de Asue-ro], que fué hecho en un portal *cerca del huerto* del rey; y aquella bienaventuranza del cielo es llamada por nombre de *paraíso*, que quiere decir *huerto*, por ser cosa fresca que da mantenimiento y deleite; y [del]ante de él está el portal, que es la Iglesia; y

(25) *Os templasedes*: os moderaseis.

(26) *Especie*: figura.

aquello y esto se llama un reino de Dios, y se llama paraíso y huerto cerrado. De manera, que como en los nombres somos cercanos al cielo, así lo seremos en entrar allá, si sabemos aprovecharnos bien de aquesta mesa sagrada.

En la cual, aunque esté el mismo manjar—y cuanto a esto no sea figura—, mas cuanto al modo de comer, y cuanto a otras circunstancias, es grandísima ventaja la que aquel convite del cielo hace al que celebramos en la tierra, con este convite excede a las cosas que lo figuraban. Por un pequeño templo, en que aquí celebramos este convite, hay allá la inmensidad del cielo, en cuya comparación lo de acá es un punto. Aquí hay música de alabanzas divinales, para que mejor nos sepa el manjar; allá hay música de innumerables cantares, que no descansan noche ni día alabando al que los crió. Este Señor que aquí está es Rey; no está solo, que muchos ángeles están con Él, aunque no los vemos; pocos son en comparación de los que están allá, pues *millares de millares lo sirven, y diez veces centenas de millares asisten a Él* (Dan., 7, 10). El suelo en que se hace el convite de acá precioso es, mas las plazas de aquella ciudad que San Juan vió, son de oro purísimo.

Encubierto está aquí este Señor para mérito de nuestra fe; allí es visto faz a faz para galardón de los que aquí trabajaren. Abrimos aquí la boca y recibimos su santísimo cuerpo en nuestras entrañas; mas aquella conjunción (27) que en el cielo habrá cuando nuestra ánima se junte con la divinidad, ¡dichosos los que la gustan! que a nosotros es inefable. Un hierro metido en un fortísimo fuego, parece que es el mismo fuego; y cuando el sol se incorpora con una nube, párala tan luciente, que semeja al mismo sol; mas todo esto, y más que se puede decir, es muy bajo en comparación de aquel *intimo ilapso* (28), por el cual en el cielo el ánima *es hecha un espíritu con Dios* (1 Cor., 6, 17), y queda Dios más dentro de ella que ella misma consigo.

¡Oh junta honrosa, oh deleitosa y bastantísima a hacer un ánima enteramente bienaventurada! No tienes precio, no tienes nombre; sobre todo pensamien-

(27) *Conjunción*: unión de uno con otro.

(28) *Ilapso*: éxtasis contemplativo (Acad.), infusión de la divinidad, que penetra en el interior del espíritu.

to y deseo te has levantado, y eres un maná escondido, que sólo el que lo recibe lo sabe.

El deleite se causa de juntarse una cosa con otra que le es conveniente, de una cierta proporción, que hace dos cosas semejables que venga una con otra. ¿Mas qué lengua habrá que diga cuán bien, cuán propio, cuán ajustado viene Dios con el ánima? Pues ella es criada a imagen de Él, y la junta es indecible, y el amor es indecible, y así lo son los deleites. Tiene esto la infinita hermosura de Dios, que en siendo vista, causa en sus amadores una hambre y sed de espiritualmente comerlo y beberlo, y de tal manera les roba los corazones, que ninguna saeta tan recia va a dar en un blanco, cuanto ellos van a juntarse a Dios; y según la hambre, así es la hartura. Y aunque el cuerpo tenga sus corporales placeres que toma de las criaturas; mas el ánima y sus potencias, como son más excelentes que las corporales, cuando allí se emplean todas en su Criador, gozan un deleite tan verdadero, que la menor gota de aquel dulcísimo vino es más preciosa que todos los deleites de acá, y quien de aquello bebiere, de todo lo demás tiene muy apagada la sed. Y como el ánima es incorruptible y eterna, y el manjar mucho más, la hambre—para que el manjar sepa bien—es grandísima, el manjar está muy junto con ella, comen siempre con hambre que no atormenta, sino que alanza el fastidio; y aunque la divina esencia sea una, sus perfecciones son infinitas, y ya contemplan en una, ya en otra, comiendo siempre, y hallando siempre qué de nuevo comer.

Son servidos en diversos vasos con diversos manjares, no en la esencia sino en la consideración; y todos son de oro, porque están encendidos en perfectísimo amor; y no es menester que les constriña nadie a comer ni beber, porque la hermosura, bondad y dulzura de Dios los saca de sí, y los junta consigo con suavísima fuerza.

Aquí tenemos *doseles* de doctrina de Santos de la Iglesia, que nos defienden de los errores e impedimentos que nos pueden turbar nuestra sagrada comida: mas allí no habremos menester este reparo, ni lumbre de fe, porque claramente veremos todo lo que aquí creemos, sin poderlo dudar. El *dosel* que allí los cobijará, serán *las alas* (Ps., 16, 8) divinas, que así los tendrá *amparados* debajo de su sombra, como *la gallina tiene a sus hijos* (Mt., 23, 37), morando en ellos,

y ellos en Él; gozoso de hacerles bien, y gozosos ellos de recibirlo; sus deseos son tan llenos, que no tienen más que desear, y nunca ellos pensaron ni desearon que era tan grande el bien que de la mano poderosa de Dios habían de recibir.

Ellos están asentados a aquella mesa divina, y comiendo del pan celestial sin velo ninguno; nosotros estamos acá en este miserable destierro. Y aunque somos dichosos por comer del *Pan que del cielo vino*, tenemos por qué llorar, porque ni sabemos comer, ni se puede comer acá tan bien como allá. Y no es maravilla, pues que esto es *figura* celebrada en este destierro, que más es para despertar hambre que para quitarla, y el *cumplimiento* de ella está allí, donde está escrito (*Ps.*, 35, 9) que *serán embriagados de la abundancia de la casa de Dios, y los dará a beber con el río de su deleite*.

Gocemos entretanto, hermanos, de este deleite, y suspiremos por aquél; agradezcamos éste, alleguémonos a él, y tendremos una prenda y señal de que hemos de ser convidados del otro.

### 17.—*La Mesa eucarística y el juicio final.*

Estad muy atentos a lo que pasa en este convite en este tiempo presente, y veréis una clara figura de cómo le irá a cada uno en el día del juicio que está por venir.

San Agustín dice que la cruz donde el Señor fué crucificado, «no sólo fué tormento de quien padecía, mas también fué silla de Juez que daba sentencia». Dos culpados tenía a los lados este Juez; y al que conoció y confesó sus pecados, y le dijo (*Lc.*, 23, 42): *¡Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino!*, le perdonó, y *aquel mismo día* lo llevó al *paraíso*, y le hizo convidado de su mesa divina, compañero de los santos y de los ángeles, que comen a Dios y se mantienen de Él para siempre. ¡Dichosa suerte, por cierto, y copiosa paga de su confesión! Y por el contrario, desdichado el de la mano izquierda, que por no hacer lo que el otro hizo, perdió el convite de Dios, y fué sentenciado a ser él manjar de la muerte que lo pazca, y sin acabarlo, esté siempre lamentando mientras Dios fuere Dios.

Pues aquello que en la cruz pasó, de ser salvo el que

estaba a la mano derecha, y condenado el que a la izquierda (que fué figura del día postrero, cuando el Señor, que fué de los hombres juzgado y condenado, venga *en las nubes del cielo con gran majestad* (Mt., 24, 30) y absuelva a los de la mano derecha y condene a los de la izquierda), esto mismo representa en esta mesa sagrada; mai de unos, bien de otros, si hay ojos que lo sepan mirar.

¿Qué piensas, hermano, que es paraíso? Es un sentarse Dios y decir el *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo* (Mt., 25, 34). ¿Y qué piensas que es infierno? Ser alanzado un hombre de la mesa de Dios, llena de hartura y lumbre, y echado *en las tinieblas de fuera* (Mt., 8, 12) con la voz del Juez, que dice (Mt., 25, 41): *Apartaos de Mi, malditos de mi Padre, al juego eterno que está aparejado.*

Juntarse con Dios, es paraíso; apartarse de Dios, es infierno.

«Pues dime, cristiano—dice San Cipriano—: tú que te apartas de este sagrado convite, en el cual está Dios, ¿no ves que ya das señal en esta vida presente de lo que ha de acaecer en el terrible día del juicio que está por venir? Tú mismo te apartas de Dios; tú mismo das sentencia contra ti; no te hará Dios injuria en apartarte de Sí, aunque tú mucho le ruegues, y todo el cielo y la tierra, que te junte consigo, pues ahora tú te apartas de Él de tu propia voluntad, y con tanta porfía, que aunque te rueguen predicadores y el mismo Dios que te está convidando, te haces tan sordo, como si no valiese nada con lo que te convidan, o como si pudieses valerte sin Él, o como si Dios, que te lo ruega, no fuese nadie.» ¡Ay de ti, para en aquel día en que Dios entrará en juicio contigo, y será la sentencia (1 Cor., 14, 38): *El que ignoró, será ignorado*; «el que de Mí se apartó, será de Mí alanzado»!

Otra señal tienen, por cierto, las ovejas de nuestro Señor, que según su flaqueza se aparejan para, con limpia conciencia, venir a comer de este Pan celestial y este pasto divino, conociendo y confesando sus culpas, y suplicando al Señor *se acuerde de ellos* en bien, cuando venga a juzgar vivos y muertos; y llegándose muchas veces, recibiendo su santísimo Cuerpo, van aprovechando en la buena vida, y juntándose con el ánima cada día más a nuestro Señor. Este *Pan que*

*del cielo descendió*, obra en ellos desprecio de las cosas de la tierra, y levántales con su poderosa fuerza a que deseen las cosas del cielo y suspiren por ellas; porque como es pan que descende de alto, tiene virtud para subir al hombre a tan alto como Él descendió. Y así los inflama con el deseo de aquel eterno convite, que están ligeros para *correr el camino de los mandamientos* de Dios (Ps., 118, 32) y fuertes para sufrir los trabajos y tentaciones de cualquier manera que sean. Todo lo tienen en poco, por ser participantes de aquellas verdaderas y dulces palabras (Lc., 22, 28): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis sobre mi mesa en mi reino*. Comen de esta mesa, y tienen hambre de aquélla. De aquí cobran fuerza, y allí cobran el descanso. Este *Pan celestial* les es pan para trabajar, y allí lo esperan para gozar; y viviendo aquí con el cuerpo, viven allá con el ánima. Como acaeció a Santa Mónica (y a otros muchos), que habiendo acabado de comulgar, como recibió *el Pan que descendió del cielo*, fué inflamado su corazón en el deseo del cielo, y como embriagada del vino de Dios que había bebido, comienza a dar voces diciendo: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.»

18.—*¡Cuán amadas son tus moradas! (Salmo 83.)*

¿Qué maravilla que, pues aqueste sol criado, hiriendo con sus rayos en la tierra llovida, levanta con su calor los vapores de ella trayéndolos hacia sí y haciéndolos subir a lo alto, que Jesucristo nuestro Señor, verdadero Sol de justicia, criador de estotro sol, levante con la fuerza de su amor el ánima que está llovida con gracia, y humedeciendo el corazón y ternura la haga subir sus deseos a lo alto del cielo, y olvidada la bajeza de acá, la encienda en amor de la casa del cielo donde Dios mora, y la haga decir como otro David (Ps., 83): *¡Cuán amadas son tus moradas, oh Señor de las virtudes! Mi ánima codicia, y en gran manera desea los palacios del Señor. Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo, o, como dice otra letra, llamaron o alabaron a Dios vivo.*

En otra parte dijo David (Ps., 62, 2): *Mi ánima y mi carne hubo sed; porque el ánima encendida con*

amor del Señor, y la carne afligida y mortificada con la penitencia, entrambas desean a Dios; y cuando reciben este divino Sacramento, entrambas *se gozan en Dios*, y entrambas desean estar en el cielo, y con entrañable suspiro dicen lo que se sigue (Ps., 83, 4): *El pájaro halló casa para sí, y la tortolilla nido donde ponga sus hijos*. Y entiendo yo, *mi Dios y Señor de las virtudes*, que *tus altares* son para mí nido y casa, y suspiro por ir a ellas, *Rey mío*. Y entretanto que no voy, considero la buena dicha de los que moran en tu casa; y no con envidia, sino con alabanza tuya; y deseo verme con ellos; digo que son *bienaventurados los que moran en tu casa, Señor*, y que son tantas las magnificencias que haces con ellos, son tan grandes las perfecciones que ven en Ti, que ni estarán ociosos, ni tendrán extrañas ocupaciones; *mas en los siglos de los siglos te alabarán*.

Mas aunque el cristiano, que acá mora en obediencia y deseo de Ti, no es tan bienaventurado como aquellos que te ven cara a cara, mas cábele parte de aqueste nombre, y digo que es *bienaventurado el varón del cual Tú eres su arrimo* y fortaleza, y con tu gracia tiene fuerza, que aunque la propia inclinación y cosas de este mundo tiren de él hacia abajo, queriendo hacer que se huelgue y tome gusto de las cosas de la tierra, él no anda por estos caminos, *mas tiene puestos en su corazón tus caminos y subimientos para Ti*, despreciando todos los impedimentos, y con obras y verdaderos deseos, va cada día subiendo más y más hacia Ti. Ni le estorban los impedimentos de aqueste *valle de lágrimas*; ni lo próspero ni lo adverso; por todo pasa para guardar aquí tu Ley, y para llegar a tu sagrado convite; y esto tiene en su corazón y por consuelo en esta vida.

Y como el Señor inspira estos deseos y esta dichosa hambre de comer de Dios a su mesa allá, y acá corresponde a los tales deseos con particulares favores, *dando gracia el que dió la Ley* para que la cumplan; y confortados con ella, *caminan aquí de virtud en virtud, hasta que vean al Dios de los dioses* en la celestial *Sión*: clamen al Señor suplicándole oiga sus oraciones y cumpla sus deseos, y díganle: *¡Señor de las virtudes, oye mi oración; óyela con tus orejas, Dios de Jacob! ¡Defendedor nuestro, mira en la faz de tu Cristo! Míralo sentado a tu diestra abogando por nos: míralo aquí entre nosotros encendiendo nuestro cora-*

zón, levantándolo a Ti. Míranos por Él, pues nos redimiste por Él, y cumple el deseo que nos has dado y estimación de tu casa; que tenemos por *mejor un día en tus palacios, que millares de días en cualquiera parte. Más quise ser el menor, y estar en el umbral de la casa de Dios, más que morar en las moradas de la maldad y de los pecadores. El umbral de la casa del cielo es la sagrada Comunión, porque por ella suben allá; y sin comparación vale más el bien, el deleite y la honra que en este umbral hay, que todos los bienes y placeres que dan los pecados a los pecadores.*

*El Señor ama la misericordia, pues nos dió este manjar; ama la verdad, pues como lo prometió lo cumplió; y Dios es nuestro sol y nuestro escudo, porque no sólo nos alumbrá y alienta de dentro, mas nos defiende de los males de fuera, y nos dará su gracia y su gloria; a los malos castigará, y no dejará sin galardón a los que viven sin hacer daño a otros.*

Y después de mucho pensado, y enseñado, Señor, por tu Espíritu, digo que *bienaventurado es aquel hombre que espera en Ti.* Si bien hay en este mundo, si cosa que desear, si placer; si contentamiento, aquel lo tiene que de presente recibe con buena conciencia a tu sacratísimo Hijo, y con esta prenda *tiene esperanza*, acompañada de buenas obras, que después de este destierro lo llevarás a tu gloria.

## TRATADO 15

### LA EUCARISTÍA, RETABLO DE LAS MARAVILLAS DE DIOS.

*Memoriam fecit mirabilium  
suorum misericors et misera-  
tor Dominus: escam dedit ti-  
mentibus se.*

Hizo memoria de sus ma-  
ravillas el misericordioso Se-  
ñor y hacedor de misericor-  
dias; dió manjar a los que le  
temen.

(Ps., 110, 4, 5.)

#### 1.—*Introducción: La reina Vasti y la Virgen María.*

Cuando alguna cosa muy grande súbitamente se ofrece, y primero no es creída como lo había de ser, suele causar grandísima admiración; y por eso se tiene por costumbre, cuando alguna cosa grande se tiene de decir, que precedan algunas cosas pequeñas, e ir así creciendo poco a poco, hasta venir a decir la cosa que quieren, como el que sube una altura muy grande por unos escalones pequeños; y entonces, como han precedido cosas que han ayudado para venir a aquella grandeza, no suele causar tanto espanto.

Es tan gran cosa lo que hizo Dios en este divinísimo Sacramento, que porque los hombres no se espantasen de ver una cosa que a los ojos humanos—no mirando al infinito poder de Dios—parece tan grande y tan alta, ver a Dios hecho manjar para que le comamos, cosa es que pone grandísimo espanto; y así, para que pudiese ser creída, ordenó que no se manifestase luego, sino que desde el principio del mundo acaeciesen cosas y precediesen figuras que poco a poco declarasen lo que tenemos entre manos. Para que nuestros ojos viesen ahora las grandezas que Dios hizo

en este Santísimo Sacramento, para que se comenzase a decir esta verdad, para que nuestras orejas oyesen ahora que el Verbo de Dios era ya encarnado y que estaba en el altar hecho manjar de vida, convidándonos que le vayamos a comer, ¡qué de comidas, qué de convites que precedieron! Porque si luego al principio del mundo, cuando los hombres aun no estaban recios en la fe, se hiciera Dios Hombre y se metiera en el Santísimo Sacramento, donde ahora está, ¿quién lo creyera?

Entre otras cosas y convites que figuraron este Santísimo Sacramento, leemos que fué el del rey Asuero, rey de los medos y persas, el cual, queriendo mostrar la gloria de las riquezas de su reino y la magnificencia de su poder, para que por muchos años que dase la memoria de él, hizo un gran convite a los principales de todo su reino, tan abundante de manjares y de diferentes guisados, que duró seis meses enteros. Estando ya todo aparejado, las mesas puestas, los convidados presentes, dijo el rey Asuero: «No falta nada aquí sino la reina Vasti, mi mujer, para que todo el convite esté cumplido; llamádmela acá»; y mandó a ciertos criados suyos que trajesen delante de sí a la reina Vasti su mujer, y que la aderezasen muy ricamente, y le pusiesen una diadema sobre su cabeza, para que todos viesen su gran hermosura, porque era hermosa en grandísima manera. Entraron, pues, sus criados y dijéronle que el rey mandaba que saliese al convite. Ella no quiso ir al convite, y dijo: «Andad, decidle al rey que no quiero ir allá.»

Enojóse de aquello en grandísima manera el rey Asuero, y pidió consejo a los letrados y sabios de su corte de lo que debía de hacer sobre ello. Ellos, habido su consejo, respondieron: «Señor, no hay otro medio sino que, pues la reina Vasti, vuestra mujer, no os obedece, vos la echéis de vuestra casa, y no sea más tenida por mujer vuestra. Porque si esto se disimulase, y vos, señor, no lo castigádes, sería grande escándalo de vuestro reino, y cada mujer hará otro tanto con su marido, viendo que vos dejáis pasar esto sin castigo; porque los mayores siempre son dechados de los menores, y así viéndolo el pueblo hacer al rey, hará él otro tanto. No hay mejor que, pues la reina Vasti no ha conocido el bien que tenía en ser mujer vuestra, que lo pierda, y pongamos en su lugar otra; a la cual la reina Vasti no lleve ventaja en hermosu-

ra y natural, que sea muy cumplida de todas virtudes, y que en lugar de la desobediencia de la reina, esta otra sea muy obediente y humilde.»

Estaba entonces en aquella ciudad una doncella llamada Ester, huérfana, desamparada, pobre, que no se acordaba nadie de ella; era hermosa en grandísima manera, a la cual en ninguna cosa llevaba ventaja la reina Vasti; cumplida de todas virtudes, casta, honesta, obediente, humilde, bien criada, amorosa. Esta, pues, trajeron al rey Asuero, la cual le agradó más, y le fué más obediente que la reina Vasti le desagradó. Venida, pues, Ester, estuvo el convite lleno y bien cumplido, como no faltaba otra cosa.

Cuando en las historias leyéredes que se hizo algún convite, acordaos de este que entre manos tenemos, porque aquéllos figuraron a éste. ¿Qué convite puede haber que sea tal como éste, en el cual Dios se hizo manjar? Este es del cual dijo Isaías (25), hablando del monte de Sión, porque allí estaba el Cenáculo donde nuestro Redentor cenó el Jueves Santo, e instituyó el Santísimo Sacramento: *Faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiae, pinguium medullatorum, vindemiae defaecatae.* «Hará—dice el Profeta—el Señor de las huestes un convite en este monte a todos los pueblos del mundo, de cosas gruesas y de vendimia muy delicada, de cosas gruesas y medulas, y dará un vino de lo que sale de la flor de las uvas sin pisarlas, vino apurado del mosto que se escurre sin estrujarlas; hará un convite a todos los pueblos.» ¿Cómo se puede entender esto a la letra, que se habían de juntar allí en aquel monte todos los hombres del mundo? Sino que lo dice por el Santísimo Sacramento. *Convite grueso, de medulas muy gordas*, donde da a entender la gran substancia, virtud y fuerza de este Santísimo Sacramento. *Convite en que se dará vino de la flor de las uvas*, dando a entender la suavidad y dulzura de este manjar.

*Convite grueso.* En el Santísimo Sacramento hay tres cosas: la Carne de Jesucristo, y su Anima y la Divinidad. Por la compañía que tienen el Cuerpo y el Anima, dando el Cuerpo nos da el Anima; y por la compañía que tienen el Anima de Jesucristo y la Divinidad, se nos da Dios dándonos el Anima. Y así, cuando comulgamos recibimos al que es verdadero Hombre y verdadero Dios juntamente. ¿Qué cosa se

podía pensar igual a ésta? ¿Qué sabor, qué dulzura hay en el mundo, que se compare con ésta? Si nos espantamos de un saborcito de una frutica, o de otra cualquier cosa que nos hace perder el tino y decir: ¡Oh bendito sea el que te crió!, ¿qué tan dulce os parece que será el que dió ese saborcito a esa fruta? ¿Qué tan sabroso será Aquel, en cuya comparación lo más dulce de esta vida es amargo, y lo más sabroso desabrido?

Está ya todo aparejado, no falta sino aquella reina de desobediencia, nuestra madre Eva, a la cual habiéndole Dios mandado que no comiese del árbol que Él había señalado, no curó de lo que Dios le mandó, sino antes quiso obedecer a la antigua serpiente, confiada que la mentira que le había dicho saldría verdad, y que comiendo del árbol vedado, sabría tanto como Dios. La cual por su desobediencia fué echada del lugar en que Dios la había puesto, y le fué quitado todo el bien que le había dado, pues que en tan poco lo tuvo.

En cuyo lugar ordenó Dios que se buscase otra que no debiese nada en hermosura ni en natural a la primera reina, que le hiciese ventaja en virtudes; y fué hallada la humilde Ester, que es la sacratísima Virgen nuestra Señora, hermosísima más que nuestra primera madre, dotada de todas virtudes, limpi-sima de todo pecado, bien criada, honestísima, mansa, humilde, amorosa, en cuya boca nunca se halló palabra de desobediencia, sino que tengo para mí que dijo—mientras que vivió en este mundo—infinitas veces las palabras que dijo al Angel (*Lc.*, 1): *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*. He aquí la esclava del Señor; sea hecho en mí según su voluntad. Palabra es ésta que la habían de decir siempre los cristianos, y nunca se les había de caer de la boca, y que la dicen los siervos de Dios en prosperidad y adversidad. «He aquí el criado del Señor. yo le he dado ya mi libertad; suyo soy en riquezas y en pobreza; servirle tengo en muerte y en vida; no me olvidaré de Él en la prosperidad, ni desconfiaré de Él en la adversidad; cúmplase en mí todo lo que le pluguiere, presto estoy para le obedecer.»

Fué, pues, recibida la Virgen María nuestra Señora, y agradó más y sirvió tanto a Dios, que venció su humildad la soberbia de Eva, y su obediencia la desobediencia de Eva. De manera, que hallada esta

Señora, fué cumplido con ella todo el convite. Allí está el manjar en el altar; la sacratísima Virgen es la que nos lo parió y la que lo crió en sus benditísimos brazos, la que lo envolvió y dió a mamar; ella es la que nos lo guisó, y por ser ella la guisandera, se le pega más sabor al manjar, aunque Él de sí es dulce y sabroso, y pone gran codicia de comerlo; desde allí nos está convidando con Él. Comámoslo, que no nos irá mal, y tendremos gracia para bien obrar y bien hablar.

## 2.—Hizo memoria de sus maravillas.

Dice el santo Profeta David: *Hizo una memoria de sus maravillas el Señor misericordioso; dió manjar a los que le temen.* Si preguntáis qué hace Dios en este tan profundo Misterio, que entre manos tenemos, del Santísimo Sacramento, responderos ha David: *Hizo una memoria de todas sus maravillas.* ¿No hacen acá los hombres memoria de sus hazañas? Pues así Dios ha hecho una memoria de todas sus maravillas y grandezas.

Quisiera yo veros a todos comulgados y confesados, y en gracia, para que se os pegara bien a las entrañas lo que se ha de decir; pero creo que no lo habéis hecho. Decid: ¿habéis confesado y comulgado en esta fiesta [del Corpus]? ¿No dicen que no basta la vista del médico para sanar, si no hacen lo que dice? Yo os he dicho que no basta mirar, y que no ha de engordar vuestra ánima ni se puede hartar con sólo el ver, si no come.

Ahora tornemos a lo pasado.

¿*Qué es esto?* (Ex., 16, 15). Luego se ofrece admiración a los que se paran a pensar el alto, y sobre todo entendimiento, misterio del Santísimo Sacramento. ¡Señor, que pareció a vuestro alto consejo hacer una cosa tan grande como es encerraros en este Pan, y hacer una cosa tan grande, que fuédeses manjar de vida para vuestras ánimas!

Salieron los del pueblo de Israel la mañana que Dios les había llovido el maná, y dijeron: *Manhu?* ¿*Qué es esto?* ¿*Qué manjar es éste?* Responde David y dice *que hizo Dios una mención de sus maravillas; hizo una maravilla, donde recogió todas sus maravi-*

llas; sumó y recogió todas sus maravillas y grandezas en una.

¿No os holgáis vos de tener diez o veinte ducados en una pieza de diez o veinte, que estén todos en una pieza? (1). Pues así Dios quiso recoger todas sus maravillas en una.

Dais dineros por tener un retablo, porque os dibujan en una tabla cinco o seis pasos de la Pasión, de que sois devoto: o de cuando Jesucristo llevaba la cruz a cuestras, o de cuando estaba orando, o de cuando estaba crucificado. Y aun es muy buena cosa, por cierto, tener un retablo de esta manera, si están las imágenes dibujadas al vivo; y esto hacéislo por acordaros de lo pasado, de lo que pasó Jesucristo por nosotros. Pues así hizo Dios un retablo en que dibujó todo lo pasado, presente y por venir.

—Padre, ¿cómo encerró Dios en este Sacramento todas sus maravillas pasadas y por venir?

—Escuchad, yo os lo diré. ¡Ah!, que no hay quien os haga pensar en sus maravillas y en su vida. Pero al fin algunos sois devotos del descendimiento de la cruz, otros de la columna, otros del crucifijo; unos de uno, y otros de otro. Pues aquí en el Sacramento hallaréis todo esto que ha ya tantos años que pasó.

Pues ésa es la virtud que tiene este Santísimo Sacramento, como la que tenía el maná que cayó del cielo (del aire habéis de entender, que esto quiere decir allí *cielo*; como decir que llueve del cielo, pero no es sino del aire). Tenía tal virtud aquel maná, que sabía a cada uno a lo que quería; al que quería que le supiese a gallinas, a eso le sabía; el que a perdices, a perdices; el que a miel, a miel le sabía. Pues así es el Sacramento que entre manos tenemos. Creedme, que si os aparejades para recibir dignamente este Santísimo Sacramento, que os sabrá a lo que quisiéredes.

¿Tienta la carne? ¿Pícaos con heridas encendidas que os hace reventar? Comulgad, recibid la Carne de Cristo, y hallaréis que por tocar en vos aquella Carne de Jesucristo, concebida por Espíritu Santo, no por obra de varón, se os quitan todas las tentaciones; hallaréis que se os apaga todo el ardor malo, que tenéis de vuestra propia carne.

(1) De diez o veinte, que estén todos en una pieza? (1596).

Si estás triste, comulga y recibirás alegría. Si la pobreza te da mucha pena, comulga y todo se te sosegará. No hay tal remedio en el mundo para cuantos trabajos hay. *Si crees*—dice San Bernardo—*hallarás remedio.*

### 3.—*La Eucaristía y los Misterios de la santa Infancia*

¿Qué es esto? Hizo un retablo. Dios en que puso todas sus maravillas, en que está dibujada su Encarnación, su Nacimiento y su Pasión, y todas las obras pasadas que ha hecho dignas de memoria, para que si deseas acordarte de todo, lo halles todo junto y nada te falte de lo que deseas; y este manjar, con ser uno y solo, te sepa a todo lo que quisieres.

Si eres devoto de la Encarnación, aquí en el Sacramento hallarás esa contemplación, aunque no del todo semejante, pero muy aparente. Piensan que, como cuando Jesucristo encarnó, bajó del cielo, así ahora baja también al altar por movimiento local.

—Pues no baja de esa manera.

—¿Pues cómo baja Jesucristo donde se consagra el pan?

—Porque la palabra de Dios lo quiso así, que luego que el sacerdote, de parte de Jesucristo, dice: *Este es mi Cuerpo*, luego se halla allí, y no saldrá mentirosa la palabra de Dios (2). Antes se hundirán los cielos y la tierra, que falte Jesucristo de hallarse cada y cuando que el sacerdote dijere las palabras que hemos dicho de parte suya.

He aquí quitadas todas las dudas de los que dicen: «Cómo puede ser, cómo no puede ser; sí puede, no puede; cómo viene, cómo no viene.» Son ignorantes; puede Dios hacer, que yo que estoy ahora aquí, esté cien leguas de aquí tan entero como estoy aquí, y que esté en otras cien partes de ese mundo sin pasar por lugar, sino porque Él lo quiere, y en queriéndolo Él, es hecho. Pues no digas ya más de aquí adelante: «¿Cómo puede ser?» ¿Tan necio eres, que te paras a dificultar en lo que Dios pueda hacer con sólo Él quererlo? Como son las viejecitas que aun no saben bien hilar, y páranse a dificultar una cosa tan honda, que si la preguntádes: Decid, viejecita, esa le-

(2) *S. Thm.*, p. 3, q. 26, a 6.

chuga que coméis, ¿cómo de un granito de simiente se hizo tan grande? ¿Por dónde le entró la substancia? ¿Y cómo bastó ese jugo de la tierra a criarla? ¿Cómo está un durazno, una bellota, cómo de cosa tan chica, de un cuesquecito, viene a hacerse un árbol tan grande y a llevar hojas y fruto? Dime, ¿cómo se hizo esto?

Diráme: «No sé.»

¿Pues para qué lo dificultas? ¿No entiendes esto que es una nonada, y métete en un abismo tan grande como es esotro? ¿No te basta creer que lo puede Dios hacer todo?

¡Oh Señor, y si quisieses tomar a manos los infleles, y cómo lo harías con sólo esto! Esta ley habías de poner, que nadie comiese, si no dijese primero qué es aquello que come, y cómo y de qué manera fué engendrado. Y sería buena ley, por cierto, que no comieses, cuando vas a comer, hasta que dijeses cómo y de qué manera nació aquello que has de comer. Eso que bebes, ¿qué es?

—Padre, es vino.

—Y ese vino, ¿de qué se hace?

—Padre, de uvas.

—¿Y cómo?

—Estrujadas en un lagar, y aquel mosto a cabo de tanto tiempo se hace vino.

—Y esas uvas, ¿de dónde nacieron?

—De una cepa.

—Y esa cepa, ¿cómo nació?

—De un sarmiento, y ése fué creciendo poco a poco hasta que se hizo una cepa grande.

—Y ven acá; ¿y si se secara ese sarmiento, no naciera?; pues ¿por qué no se secó?

—Porque le llovió.

—Y esa agua, ¿dónde se engendró?

—Allá arriba, en la media región del aire.

—¿Y cómo regó esa vid, y después de regada, cómo se convirtió la simiente de uva, en uva?

—¿Cómo? Con el agua y la tierra se corrompió la forma de simiente, y se vino la forma de sarmiento.

—¿Pues cómo puede ser cosa tan distante nacida de tan distante, un contrario que nazca y se engendre de su contrario?

—No sé, Padre; tanto preguntáis que no os sabemos responder.

—¿Pues si una cosa que comen las bestias no al-